

Valparaíso, auge y ocaso del viejo “Pancho”, 1830-1930

de Rodolfo Urbina Burgos

Valparaíso, Editorial Puntángelos, U. de Playa Ancha - U. Católica de Valparaíso, 1999, 457 pp.

Leopoldo Sáez Godoy
Universidad de Santiago de Chile

1. Esta es una obra de historia abierta al no especialista, en la que los datos no ahogan el interés. Aprovecha las abundantes fuentes tradicionales –p. ej., los testimonios y recuerdos de los numerosos viajeros que llegaron a esta Cartago o Fenicia chilena, como denominaba a Valparaíso la prensa santiaguina, con evidente exageración (Graham, Haigh, Caldcleugh, Poeppig, Radiquet, Ruschenberger, Treutler, Davin, Moerenhout, para citar algunos)– y una docena de estudios monográficos documentales, elaborados *ad hoc* por varios historiadores sobre comercio, crecimiento urbano, religiosidad, finanzas, estilo de vida, parques, plazas y jardines...

El resultado es un libro muy ameno, en el que aparecen los dos mundos que caracterizan desde siempre a Valparaíso: el de las finanzas, comercio, la empresa (calle Prat) y el de la miseria (las quebradas).

Urbina nos revive a los aguateros, lancheros, fleteros, los viajes a Santiago pre-ferrocarril, no sólo el ordenado Mount Pleasant (Cerro Alegre) del comerciante Bateman, los inmigrantes ingleses y alemanes, sino también los conventillos, las casas de tolerancia, los pordioseros, ladrones y asaltantes. Aparece el sufrido Valparaíso, castigado por las pestes, los incendios, el terremoto de 1906, el bombardeo de la flota española.

Urbina hace cuatro cortes: 1830-1850 (Años de génesis), 1850-1880 (Años de luz), 1880-1906 (Años de luz y sombra) y 1906-1930 (Años brumosos). La narración deja entrever aspectos muy reveladores de nuestro pasado. No

todo ha sido progreso. Un par de ejemplos: En Valparaíso existía una Orquesta Filarmónica de Obreros, que solía hacer bailes formales para sus socios y socias en uno de los teatros más importantes de la ciudad. A fines de siglo había treinta sociedades obreras. En 1906, una de ellas, la Sociedad Unión, estaba integrada por 300 planchadoras y lavanderas, que trabajaban en talleres o en su propio hogar. ¿Existen hoy día en Valparaíso las condiciones para mantener una orquesta obrera y una Sociedad Unión?

En la segunda mitad del siglo pasado se creó una imagen de Valparaíso, que lo asociaba al progreso, avance tecnológico, pragmatismo, tolerancia religiosa, valoración del esfuerzo personal frente al linaje, espíritu empresarial: búsqueda del lucro, riesgo, creatividad, imaginación.

La imagen se basa en un Valparaíso profundamente innovador y dinámico. Allí surgieron las primeras sociedades anónimas (1854), el primer banco, Banco de Depósitos y Descuentos de Valparaíso (1856), las compañías de seguros, la bolsa de comercio (Bolsa Comercial de Valparaíso). La mayoría de los deportes se introdujeron en Chile a través de Valparaíso, por influencia de las colonias inglesa o norteamericana: cricket, lawn tennis, hípica (a la inglesa), paperchase, foot-ball, basket-ball, volley-ball. Muy tempranamente contó con gas a domicilio (1865). Fue la primera ciudad de Sudamérica iluminada con luz eléctrica y tuvo tranvías antes que Berlín.

El objetivo del autor es “contar, narrar, describir, más que problematizar la historia del período” y lo consigue plenamente. Su obra es muy entretenida y variada: modas, costumbres, vida cultural, comercio, industria, arquitectura, urbanismo, personajes típicos, la salud, catástrofes, la población, las iglesias, la guerra.

En sus páginas se documenta la primera presencia de algunos apellidos con los que nos hemos seguido encontrando en la vida local o nacional: Lyon, Hertz, Alessandri, Brown, Lamarca, Ross, Santa María, Barburizza, Mac Kay, Ossandón, Zanelli, Doggenweiler, Hammersley, Tassara, Canepa, Lund, Schilling, Grossi, Kenrick, Morris, Leigh, Bunster, Blest. Algunos se han convertido en nombres de lugar: Templeman, Atkinson, Waddington, Rocuant, Urmeneta, Ramos.

En nuestros días se ha perdido la costumbre de los bailes masivos, como los de las colonias extranjeras, de las sociedades obreras. En Valparaíso se arrendaban los grandes y señoriales teatros, el Nacional o el Victoria, exclusivamente para los socios e invitados. Hubo algunos bailes dignos de recordación. En 1885 el buque norteamericano Hartford ofreció un baile de gala en el Teatro Nacional. De capitán a grumetes llegaron con sus uniformes de blanco y dorado tomados de la mano de las emperifolladas damiselas que habían conquistado en las tumultuosas noches de las pecadoras calles del puerto. Fue un baile que dio que hablar.

No siempre había tanta armonía. En 1891 (16 de octubre) en el mismo sector (Clave, Márquez) se produjo una verdadera batalla campal en la que

participaron 127 marineros norteamericanos del Baltimore, chilenos, daneses, ingleses y alemanes. Resultado final: dos norteamericanos muertos. La fenomenal gresca provocó una amenaza de guerra del Presidente Harrison y la movilización de la flota norteamericana hacia el territorio nacional. Chile se vio obligado a presentar excusas. Este tipo de enfrentamientos, aunque no de tal magnitud, sigue siendo habitual en el barrio del puerto hasta mediados de este siglo.

Un par de pequeñas observaciones:

Por lo que se sabe, no es efectiva la siguiente afirmación: “Francisco Alvares era también portugués, cuyo hijo, José Francisco Vergara, llegó a ser figura destacada en los años ochenta” (73). Vergara no era hijo de Alvares, fue su yerno, se casó con Mercedes Alvares.

Resulta difícil creer que en la Avenida Argentina, en la Avenida Brasil y en la Plaza Victoria alguna vez haya habido “sofáes” (sic, 362, 364, 410) para el descanso de los paseantes. Tal vez bancos, escaños, pero, ¿sofáes?

Algunos aspectos formales no son satisfactorios.

El trabajo editorial no es el que cabría esperar: títulos y subtítulos terminan con un punto, combinaciones “?” y “¡.”, uso del guión en lugar de la raya para encerrar frases incidentales, cortes inaceptables, como “dic- e” (442), uso de mayúsculas (“Op. Cit. P. 18”) que revelan impotencia y sumisión frente al procesador de textos.

Aparecen algunas confusiones ortográficas antológicas que podrían enriquecer las consultadas obras de corrección idiomática de las que es coautor el Prof. Quiroz Mejías, uno de los presentadores de esta obra y rector de la UPLACED: “...la nutriente sabia...” (80) y para que no se piense que se trata de una casualidad: “... la sabia que nutría el cuerpo social...” (278); “Valparaíso iba muy a la saga...” (127), “...sus nombres no quedaron gravados en la memoria” (295), “...murieron abrazados por los incendios” (388). “...los franceses... lo desmintieron asegurando... no tener aprehensiones con el gobierno” (81). En fin: beneficiencia (11) o Beneficiencia (223), requizados (418), cancino (42), varilosos (342-343). No serían aceptables en una edición cualquiera, y mucho menos en un esfuerzo editorial de dos prestigiosas universidades tradicionales.

En suma, estamos frente a un trabajo valioso y muy recomendable. Una obra sumamente oportuna para Valparaíso que está aspirando a ser reconocida como patrimonio cultural de la humanidad. Los señores Ibáñez Ojeda e Ibáñez Santa María, quienes hicieron el encargo de esta obra, deben sentirse muy satisfechos. Valparaíso es además una muestra concreta de que en el puerto sigue vigente la coordinación interuniversitaria, en la que también fue iniciador en el país.